



FERROL.—CONVENTO DE SAN FRANCISCO.

## A CUATRO BAJO CERO.

CARTA A MI AMIGO D. PEDRO E...

Amigo mío: el hombre siempre es el hombre; pero no siempre es el mismo hombre, como no siempre se viste del mismo modo, ni vive de la misma manera. Su estado depende del que tiene su estómago, conforme al sentir de Alejandro Dumas, gran conocedor y profundo maestro; pero no con arreglo al mío. Podrá ser una circunstancia, una concausa; pero no la única, la exclusiva; y en mí tengo ahora la prueba de hecho de lo contrario; mis fuerzas digestivas no han sufrido alteración mucho tiempo hace, ni há menester en este momento repararlas, y sin embargo de empeñarme en que la risa asome á mis labios, en que los chistes salten á borbotones por este papel, la risa no se asoma, los chistes no quieren abandonar el angosto chivirtil que ocupan en mi cerebro. Y la desdicha no me abruma, ni poble mi frente el mas negro presentimiento, y estoy al lado de mis amigos, y veo próximo el día en que se realice la dulce esperanza de tenerle á V. cerca y departir en santa paz sobre la política y la moda, el comercio y el amor, las ciencias y la gastronomía, las muchachas y los venajeros; pero nada, el esplen me ha acometido, y aunque recuerda su carta de V. y mi antecedente, no puedo dar en el resorte de la alegría. ¿En qué consistirá si el estómago no es el único móvil de nuestro buen humor? ¿Quiere V. que le fastidie con un largo discurso fisiológico sobre la investigación de tal fenómeno? Allí vá, con su beneplácito ó sin él. La hifa me rebosa, y luego que darle desahogo, probándole á V. que ni la predisposición del ánimo depende del estómago como afirma Dumas, ni el estilo es el hombre como asienta Buffon, deduciendo la razón porque no puedo escribir á V. con tono festivo y maleante.

Si la humanidad no tuviera mas que un tipo, bello, correcto, immejorable, el Apolo de Belvedere por ejemplo, ¿seria mas hermosa, mas perfecta? No. Si igualdad la abrumara, su belleza dejaría de

serlo, se acababan las comparaciones y el análisis; y no solo serian inútiles para el hombre las percepciones de sus sentidos, sino los juicios de la razón. En el fondo, el ser humano es el mismo esencial; pero en la forma es tan vario, que casi no puede abarcar nuestra imaginación sus diversidades. Y los accidentes de su conformación cambian por necesidad la índole de sus pensamientos; y así como el ciego y el sordo sentirán de otro modo que yo, si es que las tienen, las ideas del color y del sonido, así también el linfático ingedita y juzga de distinta manera que el bilioso, este de un modo diferente que el sanguíneo. La complexión atlética del escita, la vigorosa y ágil del hijo del desierto, la raquítica y miserable del japon, no pueden dar los mismos resultados ni físicos ni morales, de la manera que los cañones de un órgano, sin dejar de pertenecer á un mismo género, no producen todos el mismo sonido. Es pues evidente que una gran parte de nuestra inclinación á pensar ú obrar de este ó aquel modo proviene de nuestra raza, de nuestra costestura, de nuestra fisonomía y de nuestras buenas ó malas cualidades. Los arenales ardientes de la Arabia, el calor continuo de la Oceanía, las brumas perennes del Septentrion, la naturaleza salvaje y la enliviada, la gigante palmera y la ñosa encina, ¿cómo han de herir lo mismo nuestro ánimo? Luego el clima y las condiciones de suelo en que vivimos nos dan elementos distintos que hacen producir indefectiblemente distintas consecuencias. La visita constante de un amado pueblo ó de sus astrosos vecinos, la sempiterna conversacion sobre chismes de familia, y las abundantes ó escasas cosechas, no pueden preparar el ánimo de modo que el bullicioso teatro de una corte siempre animada, siempre grande, siempre diabólica; cómo la pérdida de la última oveja de su aprisco no lleva al pastor el desesperado trance de concluir con su existencia, y lo haria el jugador que perdiese al levantar una carta la mitad de su caudales fortuna, ó el disoluto dandy abandonado por una impura cortesana. ¿Y ha de compararse la irritación cerebral, resultado de una vida crapulosa, con la sana paz y admirable calma del que arregla al mismo tiempo sus costumbres y su reloj?

Pues si todas estas cosas, que no son indudablemente el estómago

ni tienen que ver con él, diversifican las condiciones del hombre, no habrá otras muchas que hagan cambiar cien veces al día de rumbo y de tono a una persona determinada? ¿Cómo no influye la estación?

Viene la primavera con sus guayas flores y sus viras maripositas; el ruiseñor, atalaya del día, desde un alto ciprés anuncia su llegada; la naturaleza sonríe por dogliera, y dejando el mullido lecho van los tiernos amantes á encontrarse en el bosque, llamados por una voz imperiosa que los cita á contemplar la creación, y á oír cantar entre las hojas de las árboles en concertados trinos á los inocentes pajarillos, amor y felicidad. Ved cuán caños son sus entretenimientos. Ved el año con que el mancebo recoge las más bellas rosas, y teje una guirnalda para su amada! Ved cómo esta le devuelve en cambio un hermoso tulipán vivificado antes en su seno virginal; cómo entrelazan sus manos, y comienzan una sencilla danza al compás de los espontáneos cantos de las avocillas, y en pasos no aprendidos en las escuelas! Cómo se repiten sus juramentos, y se despiden hasta la vejez tarde, evadándose con el aura amorosa besos! El sol dora las cumbres y esperece un bello tinte púrpuro sobre los verdes prados, cuando nuestros amantes vuelven á encontrarse. Dejan de oírse á poco los gorgoros del colorín; todo se halla en reposo, y el astro del día, no queriendo presenciar la caída del ángel de la inocencia, oculta su semblante y se sumerge en lo profundo del Océano. Sociétele la luna pálida como la hermosura bellada del pecado; y contempla con secreto regocijo la huida de la primavera, y con ella el verdor de los árboles. ¿Cuán ameno no será lo que diga nuestro mancebo? Cómo nos retratará el calor que corre por sus venas, dulcificado por los encantos de la estación! ¿Qué gracia, qué softura, qué candor no habrá en sus palabras? Tan inocente, tan bella y tan juguetona es esa literatura de Grecia y del Lacio, nacida en vanales climas, con toda la lejanía y con toda la fragancia del aroma de sus flores.

Pero el verano llega, y Apolo lleno de ira por la pérdida del hombre protegida por su hermana, vuelve amarillas las hojas, y abrasa al mundo tendiendo en él su rubia cabellera.

El semblante de nuestro héroe cambia. Su mirada es más fija, pero menos animada; sus contornos más puros, pero más secos; sus labios más dilatados, pero menos hermosos; más tendido su cabello, más membrados sus brazos y más pálido su rostro. Ya no asoma en él a infantil sonrisa, sino la carejada sardónica; ya no baña su semblante en abundosas lágrimas, sino que hmedeces su sangre su ardiente pupila; ya no acaricia su delgado bozo, sino deja crecer con desaliño su barba rizada y entortijada. Le abrasa la atmósfera de un riguroso estío; sus poros, abiertos siempre, aniquilan sus fuerzas; el aire caliente de la noche le destierra el sueño; su imaginación se arde, su cuerpo se revuelve sin descanso. La sed le quema; y oye desesperado la monótona campana del reloj, anunciándole que no siempre corre el tiempo tan veloz como se quiere. Ya no halla caecatos en la hermosura, triste como él y pronta á agostarse como las espigas de la campiña cercana, que esperan la segur del labrador y la clausura de los graneros. Cuando tome la pluma el hombre que así sufre, ¿qué gracia no habrá por sus religiones? Si nie, samejará su ría á la producción por el tilitante contacto de ajena mano; si canta, sus versos, llenos de fuego en su primera expresión, acabarán desmayados y duros en sus relostados labios; su llanto se secará antes de brotar; su voz ponderosa caerá sin vida á impulsos del hecho del rendimiento, manejada por la herélica fuerza del calor. Su vida se convierte en un delirio; su amor en un desordenado apetito, sus palabras son un enigma envuelto en grandilocuentes frases, que con el aire que despiden parece quieren refrescar los contornos. Por eso la literatura del Oriente es enigmática y profética, por eso seca y sin empuje, por eso grande y estensa como sus desiertos.

Ya están atrojados unos frutos y prontos los lugares para la vendimia: ya se llenan las ánforas de delicioso néctar: ya se aprovechan las primeras aguas para una nueva sementera. El hombre sale de su lela go y hace los preparativos para la cruda temporada que le espera; pero en cambio si antes le cansaron los interminables días del verano, ahora le acongojan los cortos que han de venir. Su vida presente es buena, porque el tiempo es templado y está cogiendo los frutos de su trabajo, pero no le sonríe la esperanza; le castaña el próximo invierno; y entonces, recordando el martirio anterior y el eterno tormento contrastados por la dicha del día, su mirada se anima algunos instantes, alegre pero inquieta; su cuerpo ha perdido su fuerza; las impresiones de su alma han languidecido con la naturaleza; las aves de paso le anuncian abundante nieve; su cabello ha caído al mismo impulso que las hojas; los días van acortándose, y con ellos la vida. Entonces es hurlón y clásico, chacero y maldiciente, satírico y chistoso; pero no puede ser divino porque no tiene esperanza; no es sublime y magnífico porque la naturaleza muere y no le presenta en sus candores sino esterilidad y cansancio. Hé aquí el retrato de todas las decadencias; Luciano, Juvenal y Queredo, son las personificaciones del otoño de los pueblos.

La nieve cae y los hielos se suceden; el hombre busca en el calor de la lumbre el que falta en sus vertos miembros; abandona los campos, y arrojado á la chimenea, contra su cuerpo para ocupar menos espacio por modo del frío. A la tristeza del día sucede la lóbrega noche con su imponente silencio, interrumpido tan sólo por el soplo del vendabal y el triste compás de una copiosa lluvia. Entonces no hay más allá; ha sonado la hora. Unos frutos se han consumido; los otros están en la tierra, y no quedarán sino después que él falta. El silencio y la soledad reviven en su ánimo las sombras de lo que fué con sobrenaturales proporciones y con misteriosos arreos. El cruzir de la verde leña que se quema, le representa el llanto del tierno pajarillo, arrelatado al mundo en el albor de su mañana; el aire que silba al penetrar por los resquicios de sus puertas, le trae con flebre stavío los tristes suspiros de la mujer que abandonó; la oscilación del pavimento y el ruido de los muebles que se chocan, cuántos lances bulliciosos, cuántas impuras bacanales, cuánta fraguada conspiración, cuánto desorden, cuánto crimen espantoso! Nada tiene ya realidad; todo es fantasía, todo memoria, cuyos arremates se abren entonces de par en par; pero todo es gigantesco, todo oscura y vago. Porque aquellas flores no tienen arcos, aquel calor no quema, aquella diáfana es un espectro, aquellos gemidos ilusión, aquella naturaleza un radióver. Por estos campos se paseaban la imaginación de Goethe y el ingéniro de Schiller para crear sus fantásticas concepciones. Esta es la literatura del Norte.

Si, muy bien, me dirá V.: todo está muy bueno; ¿pero qué tiene que ver con mi carta? ¿qué me importa nada de eso? Pues, amigo mío, se ha equivocado V., porque ahora precisamente es cuando estamos de lleno en el asunto. Y si no, dígame: ¿No le parece probado que es falso lo que dice Alejandro Dumas, y que hay muchas cosas que influyen en nuestro hieno ó mal talante, y que no es de las menores la estación? Pues vea V. descifrado el enigma. Mi carta anterior estaba escrita en otoño y era alegre; esta es invernal, y así no estána que sea fría y atrabiliosa. Amigo, el frío tiene la culpa. Porque voy á escribir; y cómo lo presente nada vale y lo porvenir lo encubren las nieves y las escarchas, recurro á lo pasado. ¡Lo pasado! ¡Cuán triste es siempre lo pasado! Verdad que no estoy en el invierno de mi vida; pero el de la naturaleza es bastante á evocar estos recuerdos añorados por la ardiente fantasía de la juventud, que es como si dijéramos la lumbre que calienta mis vertos miembros. ¿Y qué recuerdos puede tener la juventud que le enlística? dirá V. Ciertos que no serán los que pueda aumentar una larga y angustiosa vida; pero aun hay bastantes para florir en la cruda estación, y están muy frescos, y aun duele la herida al levantar el apéxito. ¿Pero de qué, si la vida empieza, puede haber tristes memorias? Ah! Pues qué, los dos móviles de la adolescencia, la ambición y el amor, no pueden ya haber trazado en la frente una temprana arruga, y en las órbitas de los ojos el círculo morado del dolor? Desgraciadamente sí. La ambición! no sé si es peor tenerla ó despreciarla. Porque el que la tiene, vive con ella, con ella se alimenta, mantiene su esperanza, y si alguna sea desgraciado en sus empresas, el deseo sustentta la ilusión, que es la vida, y al fin vive. Pero el que la desprecia no tiene esperanza, se encierra en un estrecho ámbito; se anonada y perece. No crea V. que la desprecia por instinto, no; y esto es lo peor. La odia porque ha asistido desde el primer día á la comedia del mundo entre los bastidores; ha visto á los histriones en el vestuario; sabe qué son aquellos juguetes ópticos de las decoraciones y de las luces de gas; conoce la tela de los vestidos y la falsedad de las joyas; no ha tenido la dicha de ver la representación lejos del escenario hasta que ha conocido su mecanismo, y no ha nacido en él la poesía y el entusiasmo que producen las bellas situaciones dramáticas de la farsa social. Esta es la memoria de mi ambición.

El amor! lo mismo sucede con el amor. ¿Cuántos encantos no tiene el primero y cuánto cariño de un jóven! De qué poesía no se reviste cuanto le rodea! La esperanza de otro día le mantiene vivo en el presente; aspira el aroma de la flor apenas abre su capullo, y su pasión virginal encuentra un eco que le repite sus acordes melódicos. Si algun día la esperanza se frustra, la flor se marchita á otro la arranca, ¿quién quita al menos la grata memoria de su primer cariño? Pero el que antes que padiera la pasión vió satisfecho el apetito; el que solo ha respirado el hálito ardiente de la ajada rose, secas sus hojas, tronchado su tallo, ¿dónde vió jamás la poesía y los encantos del cariño? El que empleara por su fúnebro destino sus primeras caricias en la inunda prostituta, ¿cómo podrá nunca comprender la belleza y la inocencia de la primer palabra ardiente de la doncella pudorosa? Su aliento ha de empapar su frescura; sus palabras envenenan su pensamiento; su contacto matará su pureza. Pues estos y otros pecos de que no hablo por no cansarle, son los recuerdos que me regala el frío. ¿Creé V. que son capaces de excitar mi hilaridad en la suya? Vea pues acusado mi mal genio y el estilo de mi epístola.

Rutáguete á Dios ó al demonio que venga pronto la primavera, y

V. con ella, que sus tranquilos días daban paz á mi alma, consueño á mi cuerpo, gracia á mis labios y vená á mi pluma, y estáis V. contento y yo no menos.  
Suyo, etc.

F. DE PAULA SELMÁS.

Madrid 8 de diciembre de 1853.

## EL GUARDIA DEL REY.

NOVELA HISTÓRICA

(Continúa.)

Acerió á cruzar por allí una mujer, y corri á su encuentro, cual si tuviera la convicción de que abrazaba á una leal y cariñosa amiga.

— ¡Socorro! favor!... Compadéceme de mí!...

— Doña Isabel, ¿sois vos?

— ¡Laura! ¡Laura! ¡algun ángel te condujo por este sitio!!!

Abrazó á su antigua doncella, olvidando en aquel momento las sospechas del misterioso aviso del jarlín comunicado por el paje.

Tal era su afición, que hasta su mismo hermano le hubiera perdonado un libertador enviado por el Eterno.

— Nada sospechéis de mí... perdonadme... señora, he sido culpable! Venid conmigo y abrazaréis á Manrique!

Detóvose á reflexionar, y apenas podía creer lo que aseguraba su arrepentida doncella. No obstante, fueron tantos los ruegos y seguridades, que consintió en seguirle.

Silvio y Ruiz no esperaban á Doña Isabel en aquella noche, y meditaban un castigo para la vieja devota cuando llegaron las dos; su alegría fué estremada, impacientándose por la tardanza de Manrique.

Pasemos á Palacio, donde se encuentra el gallardo mancebo envanecido por las caricias de su venerable rey.

### IX.

#### UN MISTERIO.

D. Alfonso velase en una de esas transiciones de la vida profundas y desgarradoras, en las que el dolor envueta el sentimiento, y los corazones mas bien templados ceden á impulsos de una larga y ardiente pena.

Sonreía el sexagenario monarca en medio de sus vivos pesares, á la manera que un enfermo lanza una sonrisa de resignación dulce y tranquila en medio de su afflictivo estado, tónico ante sus ojos la implacable y sañuda muerte.

Yo, decía el desconocido rey, yo que he tenido por tributarios á seis reyes, de quien han sido vasallos otros tantos soberanos; yo que á fuerza de vigilias y de penosos estudios he podido merecer un honroso concepto, en el día me veo desatendido, vilipendiado, y sin poder contar ni aun con el respeto de mis propios hijos!!!

Yo que armé caballeros, quedando sujetos á mi obediencia según las leyes á Rodolfo, emperador de Austria, á los reyes Eduardo de Inglaterra, Dionisio de Portugal, Abadile de Granada, al de Murcia, á los duques de Borgoña y de Lorena, al conde de Barcelona, y á multitud de soberanos, príncipes y guerreros, hoy me juzgo el mas infeliz de todos los hombres, el mas humilde de sus súbditos!

No hallo quien me preste un miserable auxilio... tan solo mis leales sevillanos, y algunos aguerridos campeones sostienen mi vacilante trono! ¡Desdicha humana! ¡Dios sublime, Hacedor del mundo, permíteme esta desventura para abatar la vanidad de los soberbios y poderosos señores de la tierra!

¡Loado seas mi Dios! Después de vuestra altísima sabiduría y vuestra misericordia solo me socorren y dan aliento los socorridos latidos de mi corazón! A cualquier parte que dirijo mis tristes ojos, únicamente veo enemistad, venganza, ingratitude y perfidia!!!

Positivamente la posición de D. Alfonso era penosa: el vulgo, sugerido por la nobleza, criticaba su afición á la astronomía, deduciendo las mas estrañas y estúpidas aseveraciones, tal como la de suponer que tenia vendida el alma al demonio, que consultaba á los espíritus infernales, por lo cual, y en espion de sus herejías, armaba Dios el brazo de su hijo para vengar tamaños é impíos ultrajes.

Veía de frente numerosos adversarios, capitaneados por un hijo suyo, resuelto y emprendedor, que le declaraba la guerra, y sin un recurso ni persona de valimiento á quien volver los ojos.

Un recuerdo parece que instantáneamente reanimó su espíritu, y empezó á abrigar mas dulces y halagüeñas esperanzas.

Por desavenencias con el mismo rey hallábase en Fez D. Alonso

Pérez de Guzman, y confiando en sus nobles sentimientos le reveló su estado lamentable. dirigiéndole una carta y su corona, pero que la entregase al rey africano Aben Juzaf, en prueba de algunos socorros pecuniarios.

¡Contraste fatal! ¡Un rey, abandonado de sus hijos, verse en la dura é imperiosa necesidad de recurrir á un enemigo en demanda de protección y de consuelo!

La carta es un documento histórico notabilísimo, por el cual nos hacemos el deber de transcribirla, no dudando que interesará la atención de nuestros lectores.

Dacia así:

«Primo D. Alonso Pérez de Guzman: la mia culpa es tan grande que como cayó de alto lugar se vera de huebo: é como cayó en mí, que era amigo de todo el mundo, en todo el sabran la mi desdicha, é desfinamiento, que en el mio hijo á sin raxon me face levar una ayuda de los míos amigos y de los míos parados, los cuales en lugar de meter paz, no á escupo, ni á encubiertas, sino claros metieron asaz mal. Non fallo en la mia tierra abrigo, ni fallo amparador, mio valedor, non me lo mereciendo ellos, sino todo bien que yo face; y pues que en la mia tierra me fallece quien me habia de servir é ayudar, forzoso me es que en la veyens busque quien se duela de mí; pues los de Castilla me fallcieron nada me tema en mal que yo busque los de Benamaria. Si los míos hijos son mis enemigos, non sera ende mal que yo tome á los míos amigos por hijos, enemigos en la ley; mas non por ende en la voluntad, que es el del buen Rey Aben Juzaf, que yo le amo é precio mucho por que el non me despreclara ni fallciera, ra es mi atreguardo é mi apazguardo, yo se cuanto sodes suyo, y cuanto vos ama, con quanta raxon é quanto por vuestros consejos fará: non miredes á cosas pasadas sino á presentes. Catá quien sodes á del linaje donde venides é que en algun tiempo vos fará bien, é si lo vos no ficere, vuestro bien facez vos lo guardaras: que el que face bien nonca lo pierde. Por tanto el mio primo Alonso Pérez de Guzman facez á tanto con el vuestro Señor y amigo mio que sobre la mia corona mas aceráde que yo lie, y piedras ricas que ende tal me preste lo que el por bien tubiere: é si la suya ayuda pudieredes allegar no me la estorvedes como yo ando que no faredes: antes tengo que toda la buena amistad que del vuestro Señor á mí vimiere sera por vuestra mano; y la de Dios sea con vosco, fecha en la mia sola ciudad de Sevilla á los 30 años de mi reinado y el 1.º de mis enitas.»—El Rey.

Apenas concluyó de escribirla, anunciaron á Manrique, y tuvo una satisfacion el intimo compañero de su malogrado hijo D. Fernando.

—Nunca mas á propósito que hoy, te dije, pudieras presentarte: necesito del consejo de los pocos amigos que me restan: olvida antes sin embargo los rigores que te hice sufrir contra los sentimientos de mi carácter, que pocas veces me engaña. Violenté mi espíritu para convenirme de que podías ser desleal á tu soberano: corre un velo á los recientes disgustos, pues decisión te presentará muy presto mi desventura para probar tu fidelidad y bizarría peleando contra los enemigos de mi trono y la gloria de Castilla.

—Señor, la benevolencia de vuestro corazón magnánimo háve olvidado pesados disgustos y reverses en los que V. A. no tuvo parte alguna. Estoy suficientemente indemnizado con la acogida lionjera que os debo, y dispénsame V. A. la honra de admitir nuevamente los mas seguros testimonios de mi lealtad, y el ardiente anhelo por derramar mi sangre en vuestra defensa.

—¡Bien, Manrique! Acepto gustoso tus sentimientos, aunque no tenia necesidad de nuevas protestas... Mira... y te enseñó la carta.—En cuanto reciba auxilio saldremos á campaña, y probaré al mundo que de nuestra parte se trata la razon, el honor, el respeto á Dios y la observancia de las leyes. Me basta un reducido número de bravos y aguerridos caballeros para contrarrestar y vencer á esas imponentes fuerzas de mi rebelde hijo.—Saldremos, sí, al combate, pues el recuerdo de pasadas victorias hace renacer la energía en mi contristado pecho!

Hizo una breve pausa, y cual si estiese de un letargo, preguntó á Manrique, limpiándose el sudor de su venerable rostro:

—Ahora recuerda. ¿Cómo es que nada me has dicho mi confiado de tus amores?

—Señor...

—Respeto cual se merece tu cariño y tu elección; es dama en verdad muy digna del pensamiento mas elevado y puro... Mas ¡infeliz! halláse grandes obstáculos que vencer, y mucho temo no se realicen tus laudables designios mientras aliada en vengativa y orgullosa madre. Te ahorrecé desde la cuna; eres inculpable: naciste sin embargo con esa desventura de estrella. Medítalo bien; ya á nada procedas interin otra persona de mi orden no te comuniqué el resultado de ciertas indagaciones que ahora practica.

—Señor, si tuvieseis la digoncia...

—Manrique, es un misterio.

No se atrevió á insistir por respeto, y quedó pensativo hasta que el rey, para tranquilizarle, dióle esta esperanza.

—Así como te elevé de simple soldado á la consideracion que hoy ostentas merecidamente, un día no lejano contribuiré quizá al logro de tus deseos.—La mujer traidora que te sepultó en un calabozo ha unido el diabólico plan de hacer creer á mi hijo que voy á proclamarte sucesor al trono... Pluguiese á Dios que así como posees mi cariño pudieras ser tambien mi legítimo heredero... Esa mujer infame, asociada al ambicioso D. Gonzalo, tiene jurado tu infortunio!... Los papeles cogidos á Carbajal, son una prueba irrecusable de su triste realidad.

—¿Y no mereceré, señor, que me aclareis, si es posible, el origen de esa negra trama?

—Tu salvacion exige mi reserva. Es un misterio.

El rey cambió repentinamente de asunto, y conversó un rato acerca de la campaña que disponia ó á que se aprestaba su hijo.

Manique, agradecido á la generosidad del viejo carcelero, se creyó en el deber de hablar en su favor á D. Alfonso, y al efecto se inclinó de este modo:

—Antes que permitais me retire, perdonadme, señor, si me atrevo á recurrir á vuestra noble piedad en obsequio de un hombre al que he debido cuando vos estáis decretándola mi ansiada libertad.

—Ese hombre, repuso el monarca, nada quiere; está contento. No sorprendos: sé por quien hablas: por el carcelero: hace pocas horas que le he visto.

Entonces se convenció Manrique de lo manifestado por Ruiz, quien aseguraba haberle visto en la taberna combatiendo por él con bizarría, sin cuyo auxilio quizá no hubiera conseguido la victoria.

Esa circunstancia aumentó mas y mas su incertidumbre.

Después de saludar á D. Alfonso con las expresiones mas vivas y lienas de gratitud, retiróse en busca del paje y de su criado sin poder lanzar de su mente aquella frase enigmática del rey. «Es un misterio.»

## X.

## EL CASTEL DE DESAFÍO.

Cuatro ginetes caminaban silenciosamente en direccion á un pueblo distante una jornada de Sevilla al amanecer del siguiente dia en que D. Diego tuvo la conferencia con D. Alfonso.

Iban dos de vanguardia á unos cuarenta pasos, pero en absoluto silencio; como quien teme ser asaltado por cautelosos y formidables enemigos.

El sol radiaba con toda magnificencia la purísima y consoladora luz, y nuestros viajeros, mas seguros tal vez por el sitio ó por la hora, dieron comienzo á narrar de esta manera, aunque sin perder la distancia que tomaron desde los muros de la ciudad.

—La esquisita delicadeza de mi amo es causa de ese viaje: con tal proceder tendrá la hermosa jóven una prueba mas de la sinceridad de sus intenciones.

—Merece mi asentimiento su caballeresca y noble conducta: de esta suerte nada tendrá que criticar su familia, cuyo orgullo no tiene límites.

—Hablado de otra cosa, ¿observais á un hombre que hará media hora atravesó el camino?

—Sí.

—Parece que nos miró.

—Puede; mas no reparé.

—He callado por no asustar á la señora; pero aquí para entre los dos, ese hombre es un espía: ¿verdad?

—Nadie nos ha visto.

—Tambien me negásteis lo que aseguraba del carcelero.

—No es lo mismo.

—Ello dirá.

Un rostro encantador de mujer se trasladó á los primeros albores de la mañana; el gallardo corcel que dirigia era sin duda condecorado de la preciosa joya que llevaba, segun lo aminoró de su continente, lo acompasado del juego de sus miembros y lo erguido de su cabeza. No era menos bello y altivo el gentil caballero que á su izquierda caminaba.

—No vaciles, hermosa niña, exclamó el mozo, lo honor lo exige: mi amor tiene derecho á demandarle este penoso sacrificio; mi abandono me seria la muerte. La fé que alienta mi corazon es tan pura como la espléndida luz que empieza á iluminarnos. Tu madre te rechaza; mi amor es tu único amparo. Cuando reciba la orden que espero, un lazo sagrado, las bendiciones de un sacerdote acallarán el escrúpulo de tu alma y las infundadas quejas de una familia insultante, de una familia que te arroja de su seno, de una madre cuya verdad es nuestro verdugo.

—Yo seré dichosa en el mas humilde retiro con tu amparo y con

la ternura de tu pasion: desde allí bendeciré á mi familia, cuyos ultrajes perdono y cuya crueldad olvido.

—En ese proceder revelas que eres mas hidalgo que los que la han tiranizado. No obstante, quizá llegue un dia en que templen su injusto enojo y nos admitan como hijos idolatrados. Yo, por no ofenderte, no me atrevo á odiarlos. Siento únicamente las ofensas que te han inferido: por mi parte les concedo tambien un perdón, aunque yo les deba un rencor inextinguible.

—¿Qué ventura si algun dia nos acoges tal querellosa madre y olvida sus imprudentes enojos! Qué felicidad la nuestra!

—El cielo escuchará tus candidas plegarias, y tal vez nos conceda ese porvenir risueño en que ahora deleitas tu virginal fantasia! pero... ¡oh flores! bastante has atribulado un corazon que solo debió sentir ternezas y placeres.

—¡Son lágrimas de alegría!!!

—¡Qué inocente! murmuró el caballero. Nos imaginamos que habrán conocido nuestros apreciables lectores á la angelical Doña Isabel, á Manrique, y en la pareja de vanguardia á Ruiz y á Silvio; mas ¿adónde caminan y qué objeto es el de su silencioso viaje?

D. Diego temia por la seguridad de su hermosa dama, é impulsado por un sentimiento de fina galanteria, le rogó vivamente acelerase el término de sus esperanzas, y después de las mas ardientes súplicas, persuadióse la bella Isabel de que no habia otro medio de salir honrosamente de una situacion tan crítica y peligrosa que postarse ante las escrosantas aras.

Próximo al pueblo á que se dirigian habitaba un compañero de Manrique una pequeña fortaleza, en cuya capilla discurrió morir religiosamente con su hermosa, luego que el rey le comunicase sus órdenes, y hasta tanto vivir separado de ella en la confianza de que estaba con honra, segura y complacida.

A este fin dispuso la marcha que hemos descrito, y á las pocas horas encontráronse en el castiello de su excelente amigo don Guillen de Vargas, uno de los que sellaron á su defensa en la taberna del Renegado.

Su acogida fué extraordinariamente placentera, y tanto don Guillen como su familia se esmeraron en prodigarles los mas finos y agradables obsequios.

Quince dias trascurrieron desde su llegada al castiello: Manrique saludaba á Isabel á cada momento. El rey en la misma reserva.

Las ventanas de la capilla, en cuyos vidrios de colores reflejaban los últimos rayos del sol, contemplaban Silvio y Ruiz desde las troneras de un torreón, cuando abrieron á las puertas del castiello las capulas de un caballero que preguntó con inquietud por Manrique.

Bajó en seguida Ruiz, y sin alzarse la visera le entregó un pliego para su amo.

El desconocido salió precipitadamente: cuantos le vieron se imaginaron fuese la suspirada orden del rey.

Instantáneamente cundió la nueva, y el júbilo rebosaba en todos los habitantes del castiello.

El tal escudero sin embargo sintió una triste corazonada, y antes de poner el billete en manos de D. Diego, le dijo á Silvio:

—¡Hiciste mal en despedir á Laura!... pesé á mi vida si este recado no tiene alguna relacion con ella!!

—Mi honradez, repuso el paje, no podia tolerar que viniese con nosotros la que habia sido causa de tantas desventuras. Puede dar gracias al cielo de no haber sufrido el castigo que merecia. Por lo demás, ignoró vuestro paradero, y á estas horas se hallará entre su familia.

Con reserva llamó Ruiz á Manrique, y entrególe el pliego. Pasa la vista, y observó el criado que se le inmota el semblante... mas no de temor y sí de terrible enojo... ¡ luz del infierno! en lugar de la orden del rey, es un reto ó un cartel de desafío!!!

—¿Quién, señor? atrevióse á preguntarle Ruiz.

—El hermano de Isabel!

—¡Voto al diablo! prorumpió el escudero.

Disimula cuanto sea posible... ocultemos el mensaje hasta al mismo D. Guillen; custodiamos la novedad de que me llama urgentemente el Soberano.

—Soy de parecer...

—El mio es de acudir á la cita.

—Yo le despreciaba.

—Yo voy á probarle que no le temo.

—Señor, si vuesa merced quisiera que yo fuese... y...

—Cumple á mi dignidad el advertirte el próximo enlace con su hermana; el decoro que la rodea, y quizás el insensato... Pero si no, vengaré con la lanza tan incógnitas como injustos desafíos. Oye el cartel que me envía.

«Diego Manrique: si eres lo que hasana, acude solo á caballo y con lanza al carro ó retamar, á cuyo sitio dentro de media hora te

meta á duelo á muerte, quien si no asistes publicará tu deshonra y villana cobardía.

RICARDO CASTRO DE LABA.<sup>a</sup>

Hizo un violento esfuerzo al dar parte á D. Guillen, y acompañado de su escudero partió á galope al sitio donde le aguardaba el alevoso é imprudente hermano de su prometida esposa.

Sonreía esta con los obsequios de sus ilustres patronos, y con el aparente objeto de su repentino viaje quedó tranquila y alborozada.

D. Diego corrió enardecido de ira, y Ruiz lleno de horribles sospechas, cuando disponia los caballos le preguntó Silvio:

—¿Qué trajo el mensajero?

—Asuntos del rey.

La contestacion fué tan fria y melancólica, que el paje, á pesar de las lisonjeras noticias que se propalaban en el castillo, sospechó un resultado funesto.

·XI.

#### EL PORTERO DE UNAS MONJAS.

Diez años después de estos sucesos llegó á cierto lugarcillo de Castilla una cabalgata de elegantes damas y caballeros, de paso á Toledo, en ocasion de celebrarse una fiesta fúnebre en un monasterio de religiosas.

El lúgubre y acompasado plañido de las campanas, las sonoras voces de los sacerdotes y el cántico de las vírgenes del Señor excitaron



(San Tropez.)

poterosamente la curiosidad de los viajeros, quienes se apearon y fueron con digna compostura á enterarse de la funcion dentro de la misma iglesia.

Hallábase profusamente iluminada: ricas colgaduras cubrian sus paredes, y olorosas nubes de incienso vagaban en el sagrado recinto, despidiendo también suaves perfumes las bellas flores que brillaban en los altares.

Llamó todavía mas su atencion una capilla de órden gótico, con puerta de hierro, rica de luz y de aromas, que ostentaba á la izquierda de su único altar un sarcófago de piedra de mármol, esculpido en su parte superior el cuerpo de un hombre de armas, y cuyo nombre, sin otros porrazos, lefusa al pié de aquel grande sepulcro.

Esta era la inscripción

DIEGO DE ROMAS  
GUARDIA DEL REY D. ALFONSO X.

Oraron los viajeros, encantados de la dulce armonía de las vírgenes, y salieron de la iglesia; mas deseosos de saber el objeto de aquella funcion, dirigiéronse á la porteria, en donde descansaba un hermano lego, de lengua barba canosa y de un aspecto grave y altivo.

Levantóse para salir á su encuentro, y les brindó á tomar asiento.

—Lo que únicamente deseamos, advirtió el mas distinguido por su traje y sus maneras, es que os sirvais decirnos á qué se refiere la fé-

nebre ceremonia, y si por ventura es el aniversario del que reposa en la capilla, y del cual he oido contar cuentos estranos y soberbios lances.

El hombre, un tanto conmovido, espúsanos nuestra misma historia; mas Vds., carísimos lectores, que ignoran su desenlace ó conclusion, tengan la indulgencia de escucharla tal y segun la refirió el anciano portero de las religiosas.

El criado quedó oculto tras un montecillo, y D. Diego partió solo al sitio señalado para el combate.

Con fiero orgullo esperaba allí el de Lara.

Habian transcurrido breves minutos, cuando Manrique, tan bizarro y victorioso en la vega de Granada y en mil lances y desafíos, tiró un golpe á su adversario, lanzándole en el costado derecho; mas se hizo fuerte y se mantuvo á caballo, en la confianza de ser traicionadamente socorrido.

En efecto, salen con prontitud del bosque tres hombres, y arrojándose cual fieras sanguinarias sobre el valeroso D. Diego, que á pesar de la desventaja siguió batiéndose como un gigante, y dando la muerte á uno de sus asesinos.

Perdió el caballo; su escudero, al ver la maña alevosa, corrió á su defensa, y aun llegó á tiempo de vengar la vida de su querido amo.

Lleza, y sacudiendo tajos y reveses derribó á otro de los infames agresores, huyendo en seguida por la espesura D. Ricardo y el último de sus villanos compañeros.

A este tiempo asomó un hombre á rienda suelta, y pasó en la ocasion en que el criado levantaba el cuerpo de Manrique.

Bajase y le colma de lágrimas y caricias; era el sombrio carcelero; Ruiz le deja en cuidado sorprendido de aquella aparicion, y escapa tras el hermano de Doña Isabel.

Será media noche, cuando desangrado y próximo á espirar hallábase el infeliz Manrique en el miserable lecho de un labrador, á su cabecera el carcelero que le referia esta breve historia.

Diego de Rojas y yo salimos de Valladolid, y nos mimos al rey D. Alfonso, cuando todavía el infante fué de orden de su padre al sitio de Murcia.

Diego se manifestó al momento uno de los mas bravos campeones de la cristianidad; su arrojo era increíble; le confiaron comisiones muy arriesgadas, y las desempeñó con celo y valentia. Su presencia era hermosa y sus modales dulces y risueños; su fama cundió por las ciudades.

Habia en Sevilla dos bellas hermanas, Doña Leonor y Doña Inés de Castro; ambas se enamoraron de Rojas; por la primera sintió el valiente soldado, después guardia del rey, ora en el palacio, ora en las tiendas de campaña, una ardiente passion. Su hermana, celosa é iracunda, lo reveló á sus padres. La bella jóven desaparecia para siempre de su casa. Un año después nació un niño; su padre moria combatiendo contra seis árabes en la vega de Granada casi á la misma hora.

Fué bautizado secretamente, y se le puso Diego, y por segundo apellido el de un bizarro capitán, D. Hamiro Manrique, protector y jefe de Rojas.

Hé aqui tu origen; debas la existencia á uno de los hombres del pueblo, á un simple soldado, pero á uno de los mas valerosos que han existido después del Cid.

Doña Leonor hizo testamento, y le reconoció por su legítimo hijo, legándole bienes inmensos que Doña Inés tenia asegurados para Ricardo.

Hé aqui el origen de la persecucion de tan diabólica mujer; tu padre me salvó la vida; yo he procurado salvar la tuya... mas nó lo he conseguido!!!

— Maldición á mi estrella! exclamó con voz trémula el moribundo D. Diego. En el mismo instante se presenta Ruiz, y dice: ved aqui la cabeza de vuestro asesino! y arrojó por la estancia la de Ricardo!!!

D. Diego tenia una mano entre las del carcelero, y alargando la otra á Ruiz, exclamó: ¡Dios premio tu lealtad! ¡Saluda en mi nombre al rey!... No abandones á Isabel.

Al concluir exhaló el último aliento.

Doña Isabel, estrañando la tardanza de su amante, no pudo reprimir su pena, y padeció un accidente de muchas horas. Largo tiempo estuvo la infeliz sumida en una especie de demencia, que solo el escudero podia afrontar por compasion, y en memoria de su inolvidable señor.

¿Y qué se hizo de la hermosa jóven? preguntó el mas autorizado de los viajeros.

Acabais de verla.

En dónde?

En el coro bajo, al frente de las religiosas: tiene unos treinta años, su estatura gentil y apueta, el semblante pálido y divino como el celestial su alma; hoy es la gloria de la comunidad, por su doctura, talentos y virtudes. Muerta su madre, distribuyó sus bienes

interesés entre los pobres, y lo demás lo donó al monasterio, gastándose tambien muchísimo en consagrar una capilla á las conizas de su amante, del que habia visto el sepulcro, y cuyo décimo aniversario es el que hoy se celebra; el testamento de su madre autorizaba para ponerle su verdadero y primer apellido Diego de Rojas.

¿Y el paje?

Se ignora su estado; salió para Toledo á satisfacer una deuda de gratitud al compasivo molinero, á Santiago, y no se sabe cuál ha sido su suerte.

¿Murió D. Gonzalo?

Descubierta su infamia, fué despedido por D. Sancho: se restableció, y vive sin honor en un pueblo de Portugal. La deshonra es peor que la muerte.

Pero el leal y valiente Ruiz sobrevivió á la catástrofe. No abandonó á Doña Isabel; cumplió el último encargo de D. Diego. Vedle aqui; es el que tiene el honor de hablaros.

Ciertamente Ruiz, el bravo Ruiz, era el portero de las religiosas del Carmen.

ALFONSO GARCIA TEJERO.

## EPISODIOS HISTÓRICOS DE ESPAÑA.

### FIESTAS CAVALLERESCAS.

#### EL FAQUIN.

En los primeros años del siglo XVII, cuando se hacia notar de una manera visible la decadencia de las justas y los torneos en diferentes pueblos de Europa, y sobre todo en España é Italia, celebrábase un espectáculo que presentando las formas y el aparato de las antiguas fiestas guerreras, estaba despojado de aquel carácter de brevedad que distinguia á cuantas se practicaron en los siglos medios; alteracion debida entre otras causas al espíritu de cultura que influyó tan poderosa y ostensiblemente en el cambio y mejoramiento de las costumbres. El espectáculo de que hablamos tenia por nombre el *faquin* ó el *astafermo*, á cuya invencion seria ridículo empeño querer señalarle una data precisa, cuando se sabe que estas cosas, de oscuras é insignificantes principios, van tomando cuerpo y vistiéndose de formas determinadas y regulares. Tal sucede con el que al presente nos ocupa, que después de introducido en España, pasó desapercibido para los autores de historias y de crónicas; y si alguna vez se ha hecho de él una ligera mención, jamás hubo designio de historiarlo. Creemos pues que se contentarán nuestros indulgentes lectores con que les ofrezcamos una descripcion fiel de esta fiesta militar, para cuyo objeto tomaremos en cuenta y pintaremos la celebrada en Valladolid el 18 de julio de 1804, debiendo esponer como motivos para su eleccion el haber ocurrido en aquella ciudad que tocaba ya el término de su consideracion y su grandexa, el haberse celebrado por honor y en presencia de los reyes, y el nó ser mencionada en historias que andan en manos de todos, debiendo nosotros el que se haya conservado su memoria á relaciones manuscritas de la época, relaciones inéditas que ofrecen copia de curiosísimos detalles, y en que domina el carácter de sencillez y verdad, que son el mejor testimonio que buscarse puede en descripciones de este género.

El príncipe del Piemonte, Felipe Manuel, fué quien hizo y mantuvo esta fiesta en obsequio del rey D. Felipe IV y de su esposa, habiendo precedida, como costumbre corriente del tiempo, la publicacion del cartel, que se hizo en la forma siguiente: Una de las noches anteriores al espectáculo, se dispuso un régio y magnífico sarao en una sala construida al propósito en las huertas del duque de Lerma, personaje, como nadie ignora, que gozó del mas alto valimiento durante casi todo el reinado de aquel monarca. Hallábase S. M. y la nobleza toda de la corte en esta sala, cuya multitud de luces la hacia resplandecer con apacible y estraordinario adorno, cuando vióse venir por la orilla del Pisuega multitud de barchas, cuyo brillo se acrecentaba reverberando en las aguas del rio, y habiendo pasado el puente con el mayor orden y concierto, precedida de sus atabales y tambores, entró una lucida mascarada de veinticuatro caballeros criados de los príncipes, con barchas blancas en las manos, y vestidos de encarnado y blanco. Detrás de la mascarada llegó con el cartel un enano muy pequeño, armado con conete, y los gireles del caballo de los mismos colores, y leído por orden de S. M. y fijado, dispúose que la fiesta se celebraría el domingo próximo en la plaza de palacio, sito el mas oportuno por su razonable estension; ni muy holgado que pareciese decorada la fiesta, estando todo dispuesto con tal arte y traza, que de cualquier punto podian los lances verse y disfrutarse cómodamente.

Llegados el día y hora señalados, un numeroso gentío invadió y ocupó los extensos tableros de la plaza, ocupando asimismo sus sitios convenientes los consejeros, los grandes, y señores y caballeros. SS. MM. estaban en las ventanas que caían sobre la puerta principal de palacio, y la señora Infanta y las damas y meninas en otras diferentes del mismo edificio. Debajo del balcón de los reyes estaba el tablado de los embajadores, y á su mano derecha el de los jueces de la fiesta, que en esta ocasión lo fueron el duque del Infantado, del Consejo de Estado de S. M. y gentil-hombre de su Cámara, el duque de Medinaceli y el marqués de Mondéjar, y á su lado Juan Ortiz de Zárate, rey de armas de S. M., que hacia el oficio de secretario. Había detrás de los jueces un hermoso aparador con muchas fuentes que contenían piezas de plata y oro, joyas de diamantes, y perlas y rubíes de alto precio, destinadas á servir de premios á los caballeros que mas señaladas cosas hiciesen en la fiesta. La tela estaba dispuesta en la plaza, y al un cabo de ella veíase una tienda de campaña, azul, blanca y leonada, y á dos tercias de la cavera un caballo de madera sobre el que debía colocarse el *faquán*, figura de un hombre armado y con su escudo en que debían encontrar con sus lanzas en la carrera los caballeros que en la fiesta tomaban parte.

Luego que SS. MM. se dejaron ver en su ventana, sobre la cual había un dosel bordado de gran valor, el señor marqués de Camarasa, capitán de la guardia española, y el capitán Calderon con la guarda tudésca y la de archeros despejaron la plaza para que hiciese su entrada el príncipe mantenedor, lo cual pasó de esta manera.

#### ENTRADA DEL PRÍNCIPE DEL PÍAMONTE, MANTENEDOR.

Iban delante dos maeses de campo, que eran el conde de Puñonrostro y D. Diego Pimentel, del Consejo de guerra de S. M., á cuyo cargo estuvo en este día lo tocante al campo. Seguían cuatro atabaleros con ropas rozagantes de tafetan leonado, cuajadas de flores y lazos de plata; con las cubiertas de los caballos de lo mismo. Iba luego el faquán armado, metido en un castillo, encima de un elefante, y tres esclavos, dos á los lados y uno delante que le guiaba, con ropas de tafetan leonado, y cadenas plateadas de la cintura á los pies, y tras ellos seis trompetas, vestidos como los atabaleros.

Seguían luego doce pajes armados á lo antiguo, con petos y mortiriones con sus pebaches, con unos mascarones en los hombros, de donde colgaba una manga de velo de plata y leonado, y las mangas justas de vellido de plata y blanco, botillas de cuero argentado con sus mascarones, espadas plateadas y lanzas en las manos: los girales de los caballos de tela de plata, con flores leonadas, con unos golpes por donde caía el vellido leonado y plata: los caballos con unas guararniciones blancas de que pendían muchas chías á lo antiguo, que casi los cubrían. Venían después seis chirimías, vestidos ellos y los caballos como los trompetas, seguidos de una hidra que vomitaba fuego por las siete bocas, montado sobre ella un Hércules con su clava, y tras la hidra un esmano vestido de vellido leonado con paza-manos de plata, con un giro de lo propio, y en la mano derecha una lanza en que iba puesto el cartel del desafío, concebido en estos términos:

(Continuará.)

#### GRAVEDAD.

Apolonio de Thyanes, cuyas acciones son tan célebres en el paganismo, abrazó la secta de Pitágoras, y se sujetó voluntariamente á silencio por cinco años, cuyo silencio le pareció la cosa mas dura y penosa de su vida; pero suplió el defecto de la lengua con sus acciones, sus miradas y sus gestos expresivos, en términos que aplacó una sedición. Aspendo, una de las mayores ciudades de la Pamphilia, padecía una hambre cruel por la avaricia de los ricos, que habían encerrado el trigo en sus graneros para venderlo á precio muy subido. El pueblo acometió á la casa del magistrado, el cual, temiendo el peligro, se fue á refugiar á una estatua del emperador; pero cuando el pueblo irritado iba á quemarle vivo al pié de la estatua misma, se presentó Apolonio; llegándose al magistrado le preguntó por señas la causa del tumulto, á lo que le contestó que él no era culpado; pero que el pueblo no queria escuchar sus razones. El filósofo mudo se volvió hacia los amotinados, y con un movimiento de cabeza les pidió le escuchasen, y así lo hicieron. Entonces el magistrado, cobrando ánimo, nombró los autores de la miseria pública, los cuales se hallaban en sus casas de campo, donde tenían los almocenes. Los amotinados quisieron ir allá; pero Apolonio les dió á entender sería mejor hacer venir á los culpados. Á su vista se renovaron los clamores del pueblo, y poco faltó para que este grave filósofo, movido de los lamentos de los ancianos, de las mujeres y niños, no violase la ley

que se habla impuesto de no hablar, y haciendo traer sus tabletas escribió lo siguiente: «Apolonio á los monopolistas del trigo de Aspendo. La tierra es justa y madre común de todos los hombres; pero vosotros, bárbaros é inhumanos, queréis aprovecharos de sus beneficios. Si no mudáis de conducta os echaré de ella.» Los culpados alarmados con esta amenaza, proveyeron los mercados de trigo, y cesó el hambre.

Asistiendo Catón á los juegos florales, el pueblo tuvo vergüenza de cometer en su presencia algunas libertades comunes en estos juegos, lo que notado por este rigido censor, se retiró al instante para no turbar la alegría. Todo el concurso le aplaudió con grandes voces, y continuaron los juegos según costumbre. El contenerse un numeroso pueblo á vista de un ciudadano, es el mas glorioso y verdadero homenaje que puede rendirse á la virtud.

#### CABELLERA.

Clodomiro, hijo de Clodoveo, habiendo sido muerto en una batalla contra los burguñones, conocieron á este príncipe sus enemigos por su *larga cabellera*. Acostumbraban los reyes de Francia dejarse crecer el pelo desde la niñez sin cortarlo jamás, lo dividían igualmente por los dos lados hacia la frente, y lo dejaban caer por las espaldas, y esta especie de *cabellera* era tenida como una prerogativa de la familia real.

Los francos no podían llevar los *cabellos* sueltos; se los cortaban alrededor de la cabeza, conservando los de la parte mas elevada, que alaban formando un cupé, cuya punta caía sobre la frente en forma de penacho.

Los galos llevaban los *cabellos* cortos, los siervos la cabeza rapada, y los eclesiásticos para demostrar su servidumbre espiritual, se cortaban todo el pelo, dejando solo un círculo de *cabellos*.

Antiguamente se juraba por sus *cabellos* como en el día por su honor: aqui á quien se los cortaban quedaba degradado y envilecido.

A los que habían tenido parte en una misma conspiracion, se les obligaba á cortárselos unos á otros.

Fredegunda cortó los *cabellos* á una dama de su yerno, y los hizo clavar á la puerta de la habitación del Príncipe, accion que á todos honrorizó.

La mayor atención que entonces se podia hacer á una persona al saludarla era *arrancarse un cabello* y presentárselo.

Clodoveo se *arrancó un cabello* y se lo presentó á S. Germier, en prueba de lo mucho que le honraba. Al instante todos los cortesanos se fueron arracando cada uno un *cabello* y presentárselos, con lo cual aquel virtuoso prelado se volvió á su diócesis muy contento de la atención que con él habían tenido en la corte.

#### VIRTUDES SOCIALES.

(EN SIETE LECCIONES.)

#### PROSPECTO.

Calla, público, y escucha,  
si me quieres escuchar,  
y pues teñas tanto malo,  
traga esto poquito mas.

De aplausos llena mi oído,  
mis bolsillos de metal,  
y las puertas de la fama  
ábreme de par en par.

Yo soy aquel literato  
cuyo nombre anduvo ya  
luciéndose en los carteles  
con otros de autoridad.

Yo el que hace poco blandiendo  
de Melpomene el puñal,  
calcó el colorado á los pavos  
con trágica dignidad.

Hoy con número filantrópico  
quiero á tu vista mostrar  
las mas selectas virtudes  
que adornan la sociedad.

Hijo de estudios profundos  
y de luengo cavilar,  
voy á darte en pocas hojas  
un catecismo social.

Padres, que miráis fecundo  
vuestro tálamo nupcial,  
y á la virtud pretendéis  
vuestros retoños guiar,—  
venid, compradles mi libro;  
que en sus hojas hallarán,  
al destrozarlo y leerlo,  
tranquilo y grato solaz.

En él va la quinta esencia  
de la mas sana moral:  
¿qué mejor sería en setiembre  
ni aguinaldo en Navidad?

Vosotros que á la futura  
generacion en agraz,  
al compás de las palmetas  
empezais á iluminar,  
dejad las viejas cartillas  
y los catones dejad,  
sirva mi libro de testo,  
y llegue á ser popular.

Así lograrán los niños  
de ciencia rico caudal,  
y sabrán filosofía  
al saber deletrear.

Y aprenderán poco á poco  
desde la primera edad  
el modo mas conveniente  
de crecer y prosperar.

Y fácilmente con esto  
podrá saber cada-cual  
lo muchísimo que vale  
ser elegante y audaz;

que si no tiene paciencia  
debe al suicido llamar,  
á balazos ó en las aguas  
encontrarle del canal.

Sabrá que á fuerza de duelos  
el mundo le temerá,  
y que ser espadachin  
es una necesidad.

Sabrá ser mozo de goznes,  
sin que se olvide jamás  
del gesto que está de moda  
al reir y al saludar.

Sabrá si limosnas diere,  
que no es el dar lo esencial,  
sino el hacer que lo cante  
todita la cristiandad.

Sabrá que llevar del brazo,  
dar la mano y tutear,  
son pruebas indispensables  
de la mas pura amistad.

Sabrá que ya la modestia  
solo en alabarse está,  
y que todo el que la tiene  
lo debe de publicar.

Y sabrán mil otras cosas  
que en el testo se dirán,  
y podeis ver fácilmente  
si lo llegais á comprar.

Al que lo hiciere, en el acto  
le pondré en lista al final;  
y así que suelte el dinero  
tendrá opcion á un ejemplar.

#### LECCION PRIMERA.

##### La amistad.

Cojo el papel y la pluma,  
y sin saber lo que escribo  
á la amistad, en romance,  
empiezo á entonar un himno.

A la amistad, mas no á aquella  
de los tiempos primitivos,  
de los Pilades y Orestes,  
de los Damones y Pitios.

No á la que vió el de *Ultratumba*  
á principios de este siglo  
en los pechos nada cultos  
de los tiznados negrillos.

No es esa, no: la presente  
no hace tantos desatinos;  
es mucho mas filantrópica  
y de menos compromisos.

Bueno era que yo anduviere  
siempre con otro juntitos,  
y que si él iba al infierno  
quisiera yo hacer lo mismo.

Bueno si estaba en la cárcel  
que me fuese yo á su sitio,  
y me pusiera en la horca  
por quitar de ella al amigo.

No señor, esto no es justo,  
ni prueba amor ni cariño,  
si al fin uno ha de pagarla,  
que la pague el que la hizo.

La amistad no nos impone  
tan horribles sacrificios:  
pueden hacerse favores  
conservando el individuo.

Si uno se muere, paciencia;  
se le regala un suspiro,  
con muchos «quien lo pensará!»  
y «qué lástima de chico!»

Se reparte entre los otros  
la amistad que le tuvimos,  
y á vivir y á divertirse,  
que para eso hemos nacido.

Así de amigos el número  
se aumenta hasta lo infinito,  
dando tal nombre á cualquiera  
á las tres veces de visto.

Que es grato llevar del brazo  
cada hora uno distinto,  
y dar con los cinco dedos  
apretones á otros cinco.

Es grato ver á las bellas,  
á manera de mordiscos,  
plantarse haciendo melindres  
sus fraternales besitos.

Y es grato cambiar á todos  
donés, tratamientos, títulos,  
á los tres ó cuatro dias,  
por el *tu* franco y sencillo.

¡Hermosas presentaciones,  
medio fácil y utilísimo  
de meterse en todas partes  
y de ser muy conocido:

— vosotras sois de esta época  
retrato al daguerreotipo,  
y debiera poseeros  
con privilegio esclusivo!

Sois consuelo del amante  
desdichado y perseguido,  
que halla recurso en vosotras  
para hablar con su angelito.

¿Qué mejor prueba de afecto  
que unir uno á sus amigos  
con un vínculo que dura  
lo que el baile en que ha nacido?—

La santa amistad es esta  
del gran siglo en que vivimos!  
que hace á menudo favores,  
no milagros y prodigios.

Tal vez sería la misma  
aquella de los antiguos,  
y los poetas soñando  
la calumnian en los libros.

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

SOLUCION DEL JEROGLIFICO PUBLICADO EN EL NUMERO ANTERIOR.

Moratin atacó lo pedante hasta el colmo de los escritores de su época.

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO É INSTRUCCION, á cargo de D. G. Alhambra.